

# Vargas Vila visto de cerca

Viajando de incógnito. - Cómo escribe sus libros. - Vargas Vila y la moral. - El apóstol burgués.

NOCHE profunda, afuera. En el *fu-moir* del «Re Vittorio» el elemento masculino del pasaje trata de engañar las interminables horas de alta mar disolviendo su tedio en caprichosas nubes de humo. La taciturna nostalgia con que, hace apenas media hora, hemos perdido de vista la maravillosa bahía de Río de Janeiro, ha desaparecido para dar lugar a una femenina ansiedad de charla. Parece mentira que personas serias digan tantas tonterías con el sólo objeto de espantar el silencio. A pesar de esforzarme en ello, no estoy entrenado aún para esta pirotecnia de imbecilidades con la que hay que tratar después del segundo día de navegación.

Cambio de rueda En un rincón apartado, lo más lejos posible de un infame terceto que parece haber declarado guerra sin cuartel a todos los compositores clásicos y modernos, escuchamos la palabra de un extraño pasajero.

Ha subido en Barcelona; nadie sabe cómo se llama, porque ni siquiera su nombre figura en la lista. Aparte este detalle, por demás extraño, el hombre es amabilísimo; tiene una palabra oportuna para todos y una agudeza siempre pronta para esquivar las preguntas indiscretas que, a la verdad, no escasean. ¶

Esta noche, así me lo han dicho algunos flamantes amigos de a bordo, el desconocido está más locuaz que de costumbre. El tema lo vale: se habla de la mujer. Sobre ella, el arco iris de su alma complicada, sobre su nefasta influencia en la vida intelectual del hombre se extiende el desconocido, dando a sus palabras todo el color que su voz o su cara, un tanto impasible, no prestan.

Pero... Estas ideas,

tan originales, tan acres, tan de... Uno de los oyentes me da la solución o mejor dicho, me quita de la boca las palabras que iba a pronunciar:

—Esas ideas, si no me equivoco, se parecen mucho a las de Vargas Vila...

—Son mías...

—Serán. Pero en la novela *Ibis*...

—Es que Vargas Vila soy yo...

Y he aquí que se comprueba aquello de que «Dios da pan a quien no tiene dientes»... Vargas Vila, el pan; el desdentado, yo. Conozco más de un lector y muchas docenas de lectoras que darían lo que no tienen por estrecharle la mano y hacerle catorce preguntas estúpidas al hombre que

los ha arrebatado horas y horas en el vuelo de su extraña prosa.

Hagamos su ficha antropométrica. Aunque perfectamente conservado, el gran escritor colombiano ha pasado los sesenta años (indiscreción de su sobrino, que lo acompaña). Pero si es verdad que se tiene la edad que se representa, Vargas Vila no cuenta más que cuarenta y cinco. Hay en toda su persona una vida peculiar, resplandor de inteligencia que se concentra sobre todo en los ojos que pueden ser verdes o grisis, pero que ríen continuamente acompañando la metralla de ocurrencias que sale de su boca. Viste con la elegancia sobria del hombre que ha vivido mucho y sabe del goce de la

seda por la seda. Pocas joyas pero de gran valor, antiguas y muy artísticas, brillan en sus manos, nerviosas, manos que, escribiendo han hecho llorar, han hecho reír, provocando rebeldías de seres humildes, anonadando a grandes y acompañando más de una vez al suicida que impuso el asco de la vida al animalesco instinto de vivir.

Vargas Vila habla en voz baja, siempre. Su tono de voz es uno, sereno, plácido, sin arranques ni efectos teatrales. Pero la frase está siempre pronta; diríase que adivina las preguntas antes de hacerlas, tal es la rapidez y la oportunidad de sus respuestas. Y se desesperará el interlocutor buscando un terreno científico, literario, político, en el que el hombre desmaye. De todo tiene las últimas noticias y un juicio hecho, como si su mente fuera un formidable archivo con casillero, números, letras e índice y sin archivero que descomponga el orden.

Vargas Vila escribiendo interesa. Hablando seduce y eleva; más de una vez, sin que el audi-



¡YO!

Caricatura de VARGAS VILA

(Por GARCÍA CABRAL).

(Pasa a la página 380).